

que eres—respondió Victoria.—¡Tú sufres mucho, querido hermano!

—¡Bah! ¡pobre Victoria mía! No te inquietes, que los dolores no matan.

Tenía la ironía en la voz y las lágrimas en los ojos.

## II.

Desde entonces Antonieta buscaba la ocasión. Hay en París millares de jóvenes presas en la inmensa tela de araña que tiende el deseo. Había entrado en el teatro bajo la protección de la gruesa Luisa, que la había alojado en la calle de Laval. Esta compañera conocía perfectamente el teatro de *Variedades*, donde se representaba una revista muy en boga; el director era un viejo cómico con la voz cascada por una laringitis crónica, que se pasaba de cuando en cuando sus uñas negras por los cabellos grises y grasientos, *daba una vuelta* á sus largas melenas y decía: «¡Cuando yo cantaba *La Dama Blanca* en Toulouse, donde había unas grandes voces, se asombraba el público!» Este individuo vió á Antonieta, la encontró hermosa, habló al empresario y se contrató á la bella joven para la compañía.

—Es preciso hacer un gran debut. Se colocará á Antonieta en *primer término*, muy cerca de la embocadura—decía.

—¡Buen sitio para la pesca de peces incautos!—respondió Pauville el empresario.

Antonieta estaba loca de alegría. ¡Por fin iba á tener una plaza en un verdadero teatro! ¡en *Variedades*!

¡Cuántas historias de bastidores recordaba haber leído allá en la taberna del padre Labarbade, cuando recogía algún número del *Figaro* caído del bolsillo de algún pintor de los que iban allí á comer!

¡*Variedades*! Esta sola palabra bastaba para enloquecerla de alegría, hasta el punto de que la fiebre se apoderaba de ella.

Había llegado el invierno, y durante los ensayos Antonieta tiritaba de frío en algún rincón del escenario, dando largos paseos entre bastidores, y, golpeando el suelo con los piés para que no se le quedasen helados, aguardaba á que le diesen el aviso para su entrada en escena, que se verificaba al mismo tiempo que la de sus compañeras.

Dos horas de espera para decir dos palabras en *coro*; y miraba entonces llena de envidia, pero con esperanza, y hasta con certidumbre de llegar á pa-

recerse á ellas, á aquellas preciosas jóvenes que pasaban ante su vista envueltas en abrigos y cubiertas con ellos como las aves con sus mantos de pluma. El autor, en medio del escenario, con la barba metida en el cuello de terciopelo de su paletot; el director de escena envuelto en un gabán ruso, apoyado en el respaldo de una silla y sentado al lado del apuntador, el cual, con las manos en los bolsillos, no acertaba á sacarlas para volver torpemente las hojas del manuscrito, con sus dedos gordos, hinchados y llenos de sabañones. Los mecheros de gas parecían apagarse dentro de los cristales que los encerraban, y volver á lucir á cada momento bajo la influencia del viento.

Antonietta contemplaba aquella sala vacía, que le parecía inmensa; el escenario, donde la luz de afuera penetraba como si pasase antes por un cristal sucio ó por una niebla formada por los vapores malsanos de aquella atmósfera; el bombero envuelto en su gabán, con el pico á la espalda y un casco amarillo en la cabeza; los actores con sus sobretodos forrados de astrakán y temblando dentro de sus vestidos. No podía olvidar las hermosas pieles, los abrigos forrados de nutria que veía en las peleterías. Se sentía asediada después por los deseos, por apetitos ardientes, por la nece-

sidad de poseer pronto todo lo que soñaba, y sólo le servía de algún consuelo el ver en medio de aquel cuadro de frío algunas bailarinas en traje de punto de malla, de color rosa pálido, con un corpiño mal apretado y un trozo de tul por las espaldas, atravesar la escena soplándose las puntas de los dedos para ir al foyer, donde daban su lección de baile.

Antonietta, habiendo salido alegre para el teatro, volvía siempre disgustada, casi triste, fastidiada, como ella decía, de aquellos ensayos; y cuando franqueaba la pequeña puerta que había detrás del escenario y que comunicaba con una galería donde en aquellos días de tanto frío una niebla helada se pegaba á sus vestidos, se acordaba á su pesar con amargura de la impresión recibida la tarde de su llegada á París; se sentía presa de la nostalgia del campo, de deseos de correr como otras veces á lo largo de la orilla del río, y de remar con los brazos desnudos y los cabellos sueltos, bajo el benéfico calor del sol de su país.

Pero luego la vista de los boulevares con los escaparates de sus tiendas llenos de preciosidades la hacía experimentar envidiosos deseos no satisfechos; la dejaba entrever las puertas de un

mundo en el cual había soñado vivir. Aquellos abanicos con figuras pintadas; aquellos objetos de fantasía; aquellos caprichos en saquitos de cuero, en neceseres y bolsas para todos usos, de piel fina, ya roja, ya gris; las bolsas de bombones, todas blancas ó rosa, ó azul de cielo; las cajas de pastillas de chocolate y anises con filetes dorados, y los canastillos de cristal ó china; los elegantes portamonedas y preciosos muñecos de bronce ó barro; en fin, aquel lujo elegante, le parecían otros tantos productos de una tierra prometida, en la cual tenía un deseo ardiente de poner los piés. Pensaba que algún día había de entrar con la cabeza erguida en la casa de aquellos comerciantes de ricas telas, de sombreros, de abanicos, de objetos japoneses, y que pediría para comprar todo lo que quisiera, riendo y gastando con esplendidez un dinero de que no era dueña.

Con frecuencia se detenía de repente frente á los escaparates de algún almacén de grabados y litografía, y se quedaba pensativa mirando las muestras de tarjetas ó cartas de convite con blasones, cifras ó escudos de nobles franceses, ó bien otras con nombres extranjeros, coronas de marqueses, títulos mejicanos ó peruanos, gentes que Antonietta no conocía ni de vista, y cuyas cartas

de invitación, por consiguiente, la retenían lo mismo que podían hacerlo otras cualesquiera; pero lo mismo que los mapa-mundis y cartas geográficas atraen á los aficionados á viajes y á nuevos mundos, así se sentía atraída Antonietta por aquellas otras cartas y tarjetas. ¡Qué de ilusiones se formaba en aquellos momentos! ¡Quizá entre aquel cúmulo de nombres desconocidos para ella, habría alguno que la encontraría en su camino y que algún día la trataría mucho! ¡Ah! ¡si entre todos aquellos hubiese uno solamente que se atreviese á sacarla de su situación de actriz de último orden para ponerla enfrente del mundo con que soñaba!....

—¡Bah!—se decía;—ya sucederá lo que deseo.

Y abandonaba los grabados de Stern, las tarjetas de visita y los cuadros de Bristol, para mirar los retratos de las actrices á la moda y decirse:

—¡Ya tendré yo aquí mi sitio algún día, como estas otras lo tienen hoy!

Después, pasando delante del cristal y mirándose en él de soslayo,

—¡Creo que valgo tanto como ellas!—se decía.

Había por entonces en su teatro dos actrices á quien ella envidiaba, contemplándolas con una mezcla de admiración y celos: las dos, jóvenes, no se parecían en nada la una á la otra, y decían al-

gunos á Antonieta que ella se parecía bastante á una de aquéllas. Era esta Judith Favola, muchacha morena, de hermosos ojos negros y dulces, con una gracia encantadora; cantaba bien, accionaba con gran soltura, imitando en la obra que estaba de cartel á Dejaset con un traje de la época del Directorio. Era muy querida y mimada por el público, y aspiraba á pasar al drama, representando entonces comedias con gran éxito. La otra, Leonide Lenoir, era una belleza del siglo XVIII, un busto de Pajon animado de todo el espíritu de la época presente, con una viveza graciosísima y una inteligencia clara y profunda que hacía resaltar aún más su belleza física; pero eran tales sus encantos y tan privilegiada su inteligencia, que hasta sus rivales se declaraban vencidas, reuniendo así á los triunfos de actriz de raza los de la mujer hermosa. También se decía, y Antonieta lo oía repetir, que esta joven poseía el divino arte de la poesía, ejerciéndolo con bastante inspiración en la prosa y en los *couplets* de Clairville: que quizá algún día llegase á entrar en casa de Molière y que la que hasta entonces era el entusiasmo de todos, con su vestido corto y el sombrero á lo Cusman, sería seguramente algún día una elegante condesa de Beaumarchais ó una Silvia de Marivaux.

Antonieta escuchaba todo esto, observaba, y comparándose á Judith ó á Leonide cuando estaba sola, se decía entre suspiros:

—Estas son las mujeres á quien yo envidio.

Le parecía que estaba hecha de un barro más vulgar, que no poseía aquellas seducciones innatas, aquellos encantos y belleza propios de Dubarry ó de una hija de Judea con costumbres y gustos de parisién. La *chiquilla del padre Labarbade*, como la llamaban en Samoreau, ¿podría nunca compararse con criaturas tan extraordinariamente dotadas?

—Pues bien, sí, tengo grandes esperanzas, ¿qué me falta? La *ocasión*, sólo la *ocasión*.

Confaba en tales momentos todos sus deseos y apuros á la gruesa Luisa, que la hablaba de *la moral*.

—Miradme á mí, hija mía—le había dicho hacía algún tiempo su gruesa compañera, á quien sus cuarenta años bien empleados daban derecho á hacer el papel de Mentora;—no deben hacerse tonterías en los primeros años. Después, cuando se tiene una posición asegurada, se hace lo que se quiere. Hasta entonces es necesario tener mucho ojo y guardar las flores, como suele decirse. Hay mucho charlatán en el mundo donde vais á entrar,

y muchos que en lugar de moneda usan siempre promesas. Os voy á dar un medio para que podáis saber si los que os hablan son ó no gentes *chic* ó no *chic*. Es muy sencillo. Miráis, como la que no hace nada, el forro del sombrero. Si leéis la etiqueta de un buen sombrero, os podéis arriesgar. Esta no es una regla general; pero de cien veces, ochenta el sombrero revela el estado del dueño.

Claro es que hay individuos que son cualquier cosa y tienen sombreros del mejor fabricante; pero este dato te servirá para caer por lo menos con un hombre que sepa vivir. Acuérdate de este consejo, mi querida Antonieta. Es muy parisién, te lo aseguro. ¡Ah! ¡Sin las etiquetas de los sombreros, hubiese yo sido engañada con más frecuencia y no tendría ni una piedra de mi casita de Anteuil, ni un bonito número de obligaciones de los caminos de hierro!

Se aproximaba el momento en que Antonieta iba á poder aprovecharse de tan buenos consejos. Había debutado. Se había fijado la atención sobre ella. Algunos periódicos, aunque de poca importancia, redactados por gentes especiales en esta materia, habían enviado alabanzas para la nueva figurante, tratando de brindarle protección:

«Hemos notado entre las coristas dignas de pa-

sar á primer puesto, los bonitos ojos negros de la señorita Antonia, un *ángel* que lo es verdadero y una *fuenta* en que no nos cansaríamos de beber.»

Pouville fué el que decidió que Antonieta se llamase Antonia en los carteles.

—¡Esto suena mejor! ¡Es más corto! ¡Y no Antonieta, que se puede decir que es un nombre político y que recuerda días desgraciados de nuestra historia!

Basada en este primer éxito á que se referían los periódicos, la gruesa Luisa aconsejó á Antonia que hiciese su entrada en el mundo. Visitó Luisa á una amiga suya que recibía en la calle de Fontaine-Saint-Georges que había invitado para el día siguiente á todos sus conocimientos. Luisa propuso presentar á Antonia. La arregló una bonita *toilette*, prestándola algunos adornos, y le dijo después, que había llegado la hora de *lanzarse*.

—¡Eres bonita como pocas! ¡Este traje te sienta admirablemente! Tienes todo el aire de una andaluza.

Antonieta entró en casa de Violeta esforzándose para no aparecer cortada por el lujo que la rodeaba. Aquellos candelabros, los damascos, las luces, las flores, la sobrecogían sin poderlo evitar. En la

mesa no sabía cómo sentarse; la silla del sitio que debía ocupar se había enganchado en la alfombra y no se atrevió á aproximarla, comiendo de lejos, incómoda y mal sentada, ó mejor dicho, no comiendo. La sala estaba resplandeciente, viéndose en ella una multitud de mujeres hermosas, preciosos trajes, joyas riquísimas de brillantes y esmeraldas, produciendo reflejos de distintos colores; hombres vestidos de correcta etiqueta con sus corbatas blancas. Hacía un calor insoportable. Antonieta sentía que todo lo que había en derredor suyo giraba y se oscurecía ante sus ojos. El ruido, ese sordo murmullo de muchas conversaciones juntas, aumentaba por momentos. Se reía y se gritaba mucho, gastando todos sus fuerzas, que iban consumiéndose, del mismo modo que las bujías que los alumbraban. De vez en cuando el ruido de una botella de champagne que se destapaba producía una nota saliente en aquel discordante concierto. Se abrían las ventanas de cuando en cuando, y una bocanada de viento húmedo llevaba hasta aquella viciada y sofocante atmósfera algunas notas del *Noël de Adam*, que alguno cantaba abajo, en el cuarto del portero, ó bien se oían los cantos y baile del otro lado de la calle en la casa del carbonero.

Delante de Antonieta, un hombre elegante, de buena presencia, pero con aire un poco triste como si estuviese fastidiado de aquel barullo, y al cual la dueña de la casa había dicho dos ó tres veces: «¿Y qué, León, comprasteis al fin los cuadros de Werther?» observaba á la recién presentada, la *Antonia* de Variedades, con una mirada mitad de curiosidad, mitad de asombro.

Aquella preciosa joven morena, de ojos inteligentes y voluptuosos, vestida con modestia, aunque elegante, con manos de reina, de encantadora sonrisa, le parecía extraña á aquel sitio, fuera de lugar, en aquel tumulto donde las risas se hacían histéricas y donde el espíritu se abrasaba con los vapores del vino.

— Una que empieza — se dijo el joven. — El vicio tiene también sus novicias.

A partir de aquel momento, el caballero León, que empezaba á aburrirse, tomó interés en aquel báquico festín. Se entretenía en observar y analizar las impresiones de aquella preciosa chica, que muy pálida en aquel momento, se paseaba por donde había menos gente, tratando de disimular su alegría y mirándolo todo, pero sin asombrarse de nada, como el que se encuentra en su casa. Esto divertía á León, que trataba de estudiar á la

nueva aprendiz del vicio. «Hasta los treinta años (decía), se es poeta, á los treinta se es filósofo.» Él tenía treinta y dos años y no era más que un curioso. Le parecía muy entretenido el tratar de prever á dónde llegaría aquella niña de veinte años que debutaba allí muy contenta, en apariencia, pero envidiando seguramente las fiestas y esplendores de las señoritas de buen nombre, aunque esclava por otra parte de los atractivos de las bellas cortesanas, á las cuales en hermosura nada tenía que envidiar, por ser una de esas criaturas nacidas para el placer, y que las grandes corrientes afrodisiacas no producen sino raras veces. Una Dubarry, una Emma Lyonna. León no tenía nada mejor que hacer que gastar el tiempo y olvidar algunas cosas que le molestaban. Por un momento se sintió con deseos de darse la satisfacción de servir de primer escalón á Antonieta, y ¿quién sabe si llegaría á jugar un importante papel en la eterna comedia de la redención de una mujer, que puede decirse que todos los hombres de corazón han intentado?

—¡Necio!—se dijo después de haber cruzado por su imaginación aquella idea.—La era de las redenciones pasó ya; pero esta vida de París es tan pesada y tan tonta, que es preciso distraerse con algo.

Antonia se sentía en su elemento, experimentaba las impresiones del nadador que juega con el agua.

Miraba á Luisa que la hacía graciosos gestos, y la hubiese contestado gritando de buena gana á través de la mesa:

—Sí, estoy muy contenta, ¡estoy gozando!

Después escuchaba con atento oído las conversaciones de los que la rodeaban, y con sus negros y hermosos ojos, en los cuales se marcaba la expresión de la curiosidad, miraba á todos los convidados y trataba de enterarse al vuelo de las historietas graciosamente referidas aquí ó allá, en el tono picaresco del parisién que se chancea de alguna cosa; las anécdotas de los boulevares, ó las intrigas de las mujeres más á la moda, referidas de la manera ó más espiritual ó más cínica del mundo. Una de las que allí se contaban era la historia de la pequeña Linander, que teniendo dos amantes, se hacía comprar por uno un hotel elegante que habitaba, y encontrándose ya propietaria de aquel bien inmueble donde vivía, se hacía pagar por el otro un alquiler ilusorio de aquella misma casa, diciéndole al finalizar el año: «¡El dueño de la finca es un perro! Me ha subido el precio en cinco mil francos», aumento que

se hacía pagar. También se hablaba de una linda muchacha que entretenía á un pintor y á un banquero, y que á éste le hacía pagar bien caros los paisajes que el artista la regalaba. O bien la graciosa candidez de la vieja Sergis, mujer muy conocida, muy rica y de mucha historia, que se iba haciendo vieja repitiendo: «Mi palabra, estas chicas de hoy día son tontas. Nos ha sucedido una generación de muchachas muy jóvenes, frescas y bonitas, que después de cenar se abandonan por algunos luises, mientras que en nuestros tiempos pedíamos diez mil francos, y si no los daban nos reíamos en sus narices.» Todas estas ideas por allí desparramadas esparcían olor á podredumbre, hedor de corrupción. Y eso que todo se adornaba y que aquella necia corriente se miraba con cristales de color de rosa. Se refería todo con un aire de corrupción elegante, un escepticismo, una relajación y unos giros de imaginación tan singulares, que Antonieta se quedaba estupefacta, pero la hacían decir:

—¡Bah! ¡ya me acostumbraré! Esto es muy divertido; yo he nacido para vivir entre estas gentes: éste sí que es mi mundo.

Después de la sobremesa, y mientras se organizaba una partida de *baccarat*, aquel hombre pá-

lido que tanto la observaba se acercó á ella y la preguntó:

—¿Estáis aburrida, señorita?

—No.....

—¿Pues cómo estáis tan silenciosa?

—Porque estoy escuchando.

—¿Trabajáis en Variedades?

—Sí.....

—Aun no he visto la revista que están haciendo allí.

—¿Cómo se llama?

—¡*Los Corderitos!*

—¡Bonito título! Y dicen que está bien escrita; pero lo importante es que haya mujeres hermosas.

Antonia se sonrojó ligeramente.

—Todavía se pone colorada vuestra amiga—dijo el joven dirigiendo la palabra á la gruesa Luisa.

—¡Ya lo creo!—respondió la *Mentora*;—es fruto nuevo, querido; no tiene pretensiones, y vale de seguro más que las demás que están hinchidas de ellas, como sucede á Cora, Violeta, Cachemire, Ana Tillam y Tula.

—¡Es muy posible!—respondió el joven.

Y durante toda la noche no volvió ya á dirigir la palabra á Antonieta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

Se le conocía que tenía deseos de marcharse y que se encontraba contrariado.

—¿Cómo se llama ese caballero?—preguntó Antonia á Luisa.

—El señor de Bruand. ¡Oh! ¡muy *chic!*..... Lo que es á éste no tienes necesidad de mirarle el sombrero.

—Me gustaría tratar al señor de Bruand—añadió la joven.

—Un momento después se puso á buscarle por todo el salón. De sus preciosos ojos negros, muy brillantes entonces, parecían desprenderse esas partículas que saltan de la espuma del champagne.

El señor de Bruand no estaba allí ya.

Se había marchado lleno de fatiga de casa de Viola.

—¡Qué estúpidas—se decía—son estas fiestas periódicas, con sus cenas, el Carnaval, los bailes en día fijo á que casi siempre la fatalidad nos obliga á asistir cuando más nos molesta y cuando se tiene necesidad de reposo y de olvido del mundo!..... Esos placeres que llevan con ellos su fecha como los forzados su marca infamante, tienen algo triste, y al acostarse por la mañana con la cabeza pesada y los miembros doloridos, un

espectro satírico y burlón viene á nuestra cabecera y nos murmura al oído: *¡Ya tienes un año más!*

¡Un año más! ¿y qué significaba esto á la edad del Conde de Bruand?..... Nada, absolutamente nada.... y sin embargo, León se acordaba de que el año pasado había asistido á todos los bailes en compañía de dos amigos que ya no estaban en el mundo. El uno había muerto en Cochinchina y el otro en una travesía, siendo su cadáver arrojado al mar. ¡Pobre Roberto de Trevanes! ¡El más alegre y bueno de todos sus compañeros! ¡Hacia un año estaba junto á él, lleno de vida y de esperanza! Y lentamente, de reflexión en reflexión, obtuvo por resultado de la cena, un letargo turbado por fantasmas cuyo aspecto era cada vez más triste, como una opereta de los Bufos que acabase por un monólogo de Hamlet. Mientras que el coche le conducía á su casa, el joven miraba las calles todavía oscuras, las luces medio apagadas, el cielo algo nublado y el piso húmedo. Algunos comerciantes abrían ya sus tiendas; los barrenderos hacían la limpieza de los paseos y aceras, dirigidos por uno que parecía tener sobre ellos gran autoridad; los obreros con el pan debajo del brazo marchaban de prisa á su trabajo..... ¡Todas aquellas pobres

gentes tenían un deber, una ocupación, algo útil en que emplear el tiempo!.....

De pronto un hombre pasó apagando rápidamente las luces de gas ya casi extinguidas. La calle quedó solamente alumbrada por un pequeño resplandor; eran los primeros albos del día.

—¡El día!..... pensó el señor de Bruand..... ¡el día!..... El mundo se despierta; se hablará, se pensará en mil cosas; en fin, se vivirá! ¡Qué noche más tontamente empleada! ¡Ah! las cenas, ¡qué diversión! Voy á acostarme.

Y ya en su cama, con un sueño intranquilo, efecto de la fiebre que tenía, veía á la media luz de su cuarto, la preciosa figura de Antonia, con su color mate, sus encarnados labios sonrientes, fijando sobre él una mirada penetrante y profunda, capaz de conmover al granito.

¡Soñaba que aquella criatura era de las predestinadas á todos los triunfos! Creía encontrarse en un palacio inmenso, perfectamente decorado, amueblado con un lujo oriental, y donde respirando una atmósfera de placer y voraces apetitos, una colección de hombres de todas edades, jóvenes y viejos, estaban de rodillas delante de una hermosa é insolente mujer, cuyos cabellos negros caían sobre su blanca espalda: era aquella mujer la ver-

dadera encarnación de la mujer que se vende y de la cortesana que reina..... ¡Reino indestructible de la carne y de la muerte! Y aquella bella joven, lejos de aplastar la cabeza de la serpiente como la Virgen, la acariciaba, y domándola, se hacía de ella un collar y una pulsera; aquella belleza, reina del vicio y de la audacia, se parecía á Antonieta, la *debutante* que marchaba con la cabeza levantada y la sonrisa en los labios á la conquista de París.

—¡He estado terriblemente romántico en mis sueños!—se decía algunas horas después el señor Bruand mientras se limpiaba las uñas.—La preciosa Antonia no tiene nada de diosa del apocalipsis, gracias á Dios! ¡Dominar París! ¡Pobre joven! Gracias que no se muera tísica, efecto de su vida ó de alguna pulmonía que coja al salir de una cena como la de anoche. No llegará á ser nada. Es una bonita *entreténida* y nada más. ¡Pero eso sí, bonitísima, verdaderamente preciosa!

Y en aquel momento la veía todavía pensativa, pálida, interesante y atrayente. Mientras tanto acababa de vestirse y arreglarse.

—Vaya una tontería!—se decía;—no sé por qué razón estoy pensando tanto tiempo en una chiquilla con quien no he hablado cuatro palabras, ni

¿qué me importa á mí lo que ella llegará á ser?  
¡ Como si fuese yo algún colegial!

## III.

El señor Bruand era conde. La posesión del castillo de Bruand, situado á tres leguas de Cosmen-Cosnois, le pertenecía todavía. Su abuelo no había emigrado. Había servido á la República, como Custine, como Biron, y se había hecho matar á la cabeza de los cazadores de Lecourbe en Hohenlinden. Su hijo, el padre de León, educado en el castillo de Bruand por un profesor de bastante edad, había crecido libre, corriendo por el bosque, vestido como uno de sus criados, montando á caballo, cazando y pescando, haciendo, en fin, desde la infancia, la vida campestre. Se había casado á los veinte años, y había tenido tres hijos y perdido al poco tiempo á su mujer. Sólo León, el menor, vivía y aun era un niño cuando el conde Hubert de Bruand murió en una partida de caza. A los diez años se encontraba León huérfano y poseedor de una gran fortuna que le daba rentas suficientes para hacer vida de gran lujo hasta en

París. Su tutor era un honrado y digno pariente de su madre, muy débil y muy buen hombre, que envió al joven á París, dejándole entera libertad, pues decía que la naturaleza de León era esencialmente honrada, y que aun cuando el joven se extraviase, volvería siempre al buen camino.

En esto tenía razón el tutor. León Bruand sintió al principio esa fiebre parisién que pervierte tantos espíritus débiles y tantas conciencias vacilantes; pero pronto desapareció, sintiendo el hastío de los falsos placeres, y en lugar de querer aturdirse hundiéndose más en el torbellino de las revueltas aguas del vicio, se detuvo á la orilla, contentándose con el espectáculo que le ofrecía aquella sucia corriente. Desde entonces se hizo un parisién *dilettanti*. A los veinte años estaba cansado de hacer aquella vida; á los veintidós, de contemplarla en otros, y á los veinticinco se casaba.

Entonces León respiró, se sintió revivir y fué dichoso; pero su mujer murió al dar á luz á los dos años de matrimonio, dejando á León trastornado ante aquella imprevisita é inmensa desgracia, ante aquella fosa repentinamente abierta á sus pies. Al encontrarse en medio de una soledad que le era tan grata cuando la compartía con *ella* (la soledad de dos es el mundo entero encerrado